



EL LICENCIADO FABELA, REPRESENTANTE DE MÉXICO EN LA S. D. N.

POR CIPRIANO RIVAS CHERIF,
(periodista y crítico teatral español)

En mi primera memoria escolar, sobre la de todas las glorias patrias que me obligaban a aprender, el nombre de México va unido a una tremenda sugestión de soledad. La Noche Triste. Un hombre, héroe desamparado, con el solo cobijo de un árbol en tierra enemiga. Y un negro panorama ingrato en torno.

Verdad es que las glorias patrias, de arrogante más que invencible grandeza militar, atemperada a la palabra “disciplina” no suscitaban en mi ánimo ningún eco simpático. Aun ahora, al cabo de una vida frustrada, si no es en la legítima esperanza de mis hijos, el solo nombre de Disciplinas aplicado a la diversidad de los estudios, me atormenta con el recuerdo de las finas correíllas esgrimidas por los iracundos escolapios, para con el torpe y el remiso en saberse la lección.

Evidente lo fue, con la imagen viva de un ejemplo humano, la del primer mexicano cuya voz captó mis oídos, como poco antes la fácil música de sus versos. “Cortés como un indio” de la crónica española de la Conquista, Amado Nervo, en mi visita rendida al poeta, junto a su Amada Extática, si no inmóvil para siempre todavía, se me revela más ahora el fino diplomático “frente al Palacio de los Reyes de España” en la realidad de una circunstancia, no del todo azorosa sin duda, que establecía cierta correspondencia de cada mañana del Encargado de Negocios de México al asomarse al balcón de su casa, con la primera mirada del capitán Hernando a las casas de Moctezuma, cuatro siglos antes.

Don Francisco A. de Icaza, mejor émulo lírico en Madrid de

su antecesor en las dos Españas Gutierre de Cetina, que del fastuoso embajador Iturbe, padre que había de ser de una princesa de Hohenlohe; Roberto Montenegro, pintor de la Mallorca de Rubén Darío y las Castillas y los madriles de Valle-Inclán; Diego Rivera, en su primera exposición futurista de la madrileñísima calle del Carmen; el dulce "viejecito" Luis G. Urbina, tan excelente poeta; SS.MM. los Reyes, don Alfonso y doña Manuela (como su mayor amigo español Enrique Díez-Canedo, con la bellísima Teresa su esposa, que había de venir a ser abuela de unos cuantos ya mexicanos de nacimiento, gustaba decirles jugando del apellido del polígrafo incipiente y la condición de los monarcas españoles, de que más tocayo por la sabiduría el X que el XIII) —Alfredo Gómez de la Vega, que de diplomático asimismo pasó a mejor "representante" del arte mexicano de hacer comedias en Madrid, antes de profetizar en su patria; Martín Luis Guzmán, de mejor memoria para con Pancho Villa que de quienes, compensándole de la desgracia política en su país le hicimos copartípe de nuestra engañosa ventura de un día; Jaime Torres Bodet, de entonces y por siempre fiel amigo; y con enfrente el dispar y huraño Carlos Pereyra, con su María Enriqueta, dulce superviviente ya, de otro lirismo, de otro arte de amar como Dios manda, y de vivir en perpetua niñez simpática, la figura ingente del doctor Enrique González Martínez (y la menor del amado de los dioses que fue su hijo González Rojo, llamado a cumplirse en el tercer poeta de una dinastía vigente en las letras mexicanas) a quien cupo comunicar, con alegría personal y familiar, el reconocimiento de la Segunda República Española por el Gobierno de la de los Estados Unidos Mexicanos, en pos su esposa, dama distinguida y ajena a toda demagogia, del júbilo popular, corriendo en el automóvil de la Legación de México las calles de la Villa, cortesana hasta poco antes, con la joven señora del nuevo ministro de la Guerra, cierran con la eminencia política y literaria de Genaro Estrada, primer embajador de México acreditado en Madrid, la galería precursora del hombre que para todo español, por Caín que se sienta de su hermano, concreta y simboliza con el general Lázaro Cárdenas la representación inequívoca de su patria, en la realidad de su historia creciente, que Valle-Inclán me había descubierto más que Bernal Díaz.

Pues bien, el licenciado don Isidro Fabela, cumplido delegado en la Sociedad de las Naciones de Ginebra, que precedió a las

Unidas en Nueva York por una cierta carta escrita en San Francisco, y Juez de Paz en el Tribunal Internacional de La Haya, así como Gobernador del Estado de México, es el más legítimo representante —como todo embajador representa personalmente al Jefe del Estado— de la política de más altos principios universales por la cual trasciende de la particular de su mandato a la de sus sucesores y a la Historia —del general Lázaro Cárdenas.

Recién llegado a España de mi primera visita a México, en los días tremendamente azorosos de nuestra guerra civil, por lo demás perpetua por los siglos y las generaciones, mandáronme a Ginebra, torciendo mi destino de elección por el de cónsul general, cargo que llevaba aneja la Secretaría Permanente de la Delegación Española en la S.D.N. Algo me consolaba de mi fallida pretensión a Director de Información y Propaganda, que mis años de experiencia teatral y periodística me autorizaban a solicitar con mayores probabilidades de rendimiento por mi parte, el que mi puesto más que diplomático ni estrictamente consular, sin voz ni voto en la Asamblea ginebrina, tenía cuando menos cierta facilidad para informar directamente al Presidente de la República, de antiguo mi particular amigo y deudo afectísimo, sin perjuicio de mis deberes oficiales para con el ministro de Negocios Extranjeros. Sobre que estimaba justicia inmanente la que el tiempo me hacía al cabo de los años en que me vi reprobado por dos veces en mis pretensiones a la Carrera, por la influencia en mi contra, además de mi frívola impreparación, del embajador de S.M. en el Quirinal romano, a cuenta de mi prurito, más que republicano anárquicamente justiciero y querellante en pro de la recta administración del ilustre Colegio Español de Bolonia, a que estaba y estoy vinculado por mi doctorado en Derecho. El tiempo vindicaba mi razón y satisfacía mi amor propio, concediéndome inopinadamente la categoría de ministro plenipotenciario, que mis compañeros de aquellas oposiciones habían alcanzado por riguroso escalafón, del que desertaban en el asalto a traición contra la República.

En uno de sus varios partidos había accedido a inscribirme, el de Acción Republicana, por ser fundador mi hermano Manuel Azaña con sus más dovotos, de aquella organización, revolucionaria de las rutinas en que yacía decadente la esencial tradición popular castellana, fundadora de España y pervertida en el agotamiento de las dinastías regentes de la Europa secular. No concebía yo la

política como una abstracción desvinculada de una persona “elegida”. Me di de baja sencillamente como “uno menos” en recibir cargos, prebendas y representaciones que nunca había solicitado ni admitido, el día que un correligionario me arguyó, con palabras de mi propio hermano, de que bien pudo hacer menos caso que de otras más evidentes, que el Presidente no era sino “uno más”. Ya lo había sido del Gobierno Provisional, del Consejo, y de la Izquierda Republicana, en que se fundieron, rebajándose, los partidarios de aquella Acción primera, con los radicales— socialistas (en la nomenclatura de mediocre afrancesamiento formal) convivientes con otras “Uniones” y “Servicios a la República” federales arcaicos y, sobre todo, con personajes y personajillos, cuya conducta abonaba un supuesto prestigio de que me libró mi natural instinto de persona decente.

En Ginebra, de que conservo como mayor ventura la hija que allí me dio mi mujer, conocí a don Isidro Fabela y es el mayor precio de aquellos días de tremendo contraste en la contemplación de mi angustia de español con la apacibilidad de “la democracia más antigua de Europa”.

Muy luego mi amigo y de mi esposa, con su dulcemente abnegada compañera de por vida, tuve en su fino trato, muy superiormente mundano al que se entiende en la liviana apariencia del Cuerpo diplomático internacional en su consejo seguro, en su apoyo, tan obediente a las órdenes de su cancillería y su Presidente, como al propio dictado de su opinión y su sentir que informaban tanto como obedecían la voz del Mandatario de su país el más firme sostén de mi conciencia, de mi razón y mis razones, de mi proceder, de mi pequeño sacrificio personal en fin, incomparable con el del vulgo anónimo, que en muy pequeña parte me fue dado después compartir en las cárceles y los presidios de la Francia invadida por Hitler y de la España de Franco, satélite giratorio al rededor de su Eje.

Más de una vez y más de dos coincidí con el licenciado Fabela y otro maestro ilustre de Historia Romana y de la Europa contemporánea, italiano anti-papista y anti-imperial, firme columna del pensamiento libre, que en sus últimos años, sin dejar un día y en más de un periódico a veces, se dedicó a defender como principio de nuestro mundo moral la causa de España republicana, unida, y no tan paradójicamente, al destino del Rey de Reyes de Abi-

sinía, cuya figura exigua y simbólica sombrilla imperial afrontaron más dignamente que todos los representantes de las grandes potencias en la S.D.N. la adversidad de un destino que fiaba a la invencibilidad de su derecho; afincado, contra la fuerza, asoladora pero efímera, en la supremacía de una justicia elemental y soberana al cabo. Guillermo Ferrero, acogido que había su ciencia a la Universidad ginebrina, voluntariamente expatriado de su Italia nativa en protesta, que no cedió, contra Benito Mussolini, me regaló con Isidro Fabela las más consoladoras lecciones de filosofía política, de cuantas el Humanismo moderno puede ofrecer a la desesperada voluntad de subsistir en la mayor crisis de crecimiento de una civilización y una cultura que hayan podido ver conscientes los siglos y las edades. Obsequio a nuestra mutua compasión fue el discernimiento que Ferrero y su esposa Gina Lombroso —nombre que ilustra el de Italia en la ciencia europea— hicieron en mi persona para que tradujera, del francés en que la escribió como lengua adoptiva de su libertad, su hijo Leo, la tragi-cómica “Angélica” de notorio humor antifascista y que estrenada que había sido en París por los Pitoef, tuvo magistral intérprete española en Buenos Aires, con Margarita Xirgu.

La predilección de Ferrero por México y su representante, en tanto que lo eran de la justicia porque España se debatía, en tremendo prólogo de la guerra civil del mundo, tenía en su propia sangre honda raíz sentimental: En la frontera de México, a que venía de amor aficionado, había muerto, en la flor de su juventud, víctima de estúpido accidente de automóvil, el autor de “Angélica” su único heredero varón.

El refugio a que se acogió, ya derrotado, el Presidente de la República Española, en Collonges-sous-Saleve de la alta Saboya, a muy pocos kilómetros de Ginebra, reunió con él varias veces, durante los últimos meses anteriores a la Guerra grande, a Ferrero y Fabela, los dos hombres en quienes tenían la vieja Europa liberal y la nueva democracia americana, más inequívoca incorporación. De aquella comunicación, la experiencia político-internacional de don Isidro, acendrada en las luchas de integración de su país en la libertad del mundo democrático, salió fortalecida por el ejemplo más a prueba de cuantos la desventura de un gran pueblo, solamente comparable al judío en la fatalidad de su dispersa

maldición, puede personificar en el sacrificio de la víctima expiatoria que fue Manuel Azaña.

Contrariamente a la insensibilidad para otra cosa que el juego político elevado a la máxima sagacidad y astucia arteras, clarividente oportunismo sin escrúpulos y consecuente menosprecio de todo principio moral, de que suelen hacer gala los presuntos discípulos de Tayllerand y Metternich, de Von Papen y Oliveira Salazar, con mentida ascendencia en la suprema maestría de un Maquiavelo inventado a uso de analfabetos, don Isidro Fabela, sin menoscabo de la claridad de juicio y desapasionamiento sereno con que afronta el ejercicio internacional del Derecho y arrostra las contingencias del afán diario, halla en Ginebra, como secuela de su mandato diplomático, la piedra de toque en que el hombre cabal tiene la ocasión decisiva en qué templar su ánimo al rojo vivo, crisol de su razón y su sentir en una obra, excelente entre todas las suyas, y en que toma cuerpo propiamente hablando, el ideal humanitario de su profesión:

El Delegado de México en la S.D.N. ha recibido de su Presidente la orden de coadyuvar en cuanto sea posible al primer acomodo en Francia de los desterrados de España en el éxodo fugitivo de la furia fratricida. Don Isidro Fabela, siempre con su esposa, corre a uno de los campos de concentración impiamente habilitados en la sorpresa de tan desorbitada invasión dolorosa, a que se mezcla el temor popular de unas supuestas hordas contagiadas por las brigadas internacionales del virus comunista, a que los pro-nazis y falangistas reaccionarios en pro de la autoridad fascista a ultranza contra toda libertad, achacan la guerra de España, la inminente de Europa y el desastre de la revolución. En la desolación del inmenso redil humano, dos niños, a costas el uno del otro, infante de un año el pequeño, apenas con uso de razón el mayorcito, no aciertan a dar noticia precisa de su evidente orfandad. El matrimonio Fabela, feliz sin premio ni castigo de hijos, con una sobrina dilecta en casa, obtienen de inmediato la tutela provisional de aquellas criaturas, y al cabo de esta investigación y obligado formalismo, su paternidad. Más afortunados aún que los Niños de Morelia, acogidos en comunidad a la generosa iniciativa oficial del Presidente Cárdenas, que con él se llevó también algún escogido, los hijos del señor Fabela tienen, con la vaga memoria de unos progenitores sacrificados a la vindicación de una vida mejor, un padre y una ma-

dre tales, con la más desinteresada vocación de amor, de cuantas la especie exige en propia conservación. La suerte les obliga desde entonces a conllevar fatalmente, como padres e hijos de la sangre, dichas y pesares, esperanzas y desilusiones, felicidades y congojosos achaques de la enfermedad. Y a mirar por el nombre que les ha dado quien heredándolo honradamente, lo ha enaltecido con el de México, más Nueva España para ellos que la que por ellos pretendieron quien les dio con su muerte, su sangre; más Nueva España que la que imperialmente pretendían, contra su ser natural, los presuntos conquistadores de un día, conquistados que hemos venido a ser sus herederos de un mundo fabuloso de Fabela.

Cabe muy principalmente a don Isidro, con otros secretarios, asesores y amigos del general Cárdenas, la responsabilidad de la ficción que mantiene en México la existencia ideal de la República Española, valedera ya por cuatro mandatos presidenciales en la continuidad, conservadora al par que progresista de los principios que informan la Revolución constitucional del país.

No es muy aventurado presumir, en el albur que supone en cada período la fijación histórica de un nuevo Presidente, no sólo la persistencia del licenciado López Mateos en el mismo criterio con respecto a la política hispano-mexicana, que supone el desconocimiento diplomático del Gobierno del Generalísimo Franco y el trato, más simbólico cada vez, que sigue concediéndose a la escuálida burocracia republicana acreditada en México; sino la extensión del principio conciliador de autoridad y libertad, a toda América, y la exclusión, para todo el mundo constituyente de la ONU y aun la UNESCO, de toda convivencia con tiránicos detentores de las libertades individuales y el relativo bienestar común de sus propios pueblos.

La amistad personal y la fidelidad escolar, en el más amplio sentido, del licenciado López Mateos a su antiguo maestro y correligionario, nos permite augurar la afirmación, aventurada a más dilatado y consecuente empeño internacional, de una política netamente mexicana, definida que ha venido siendo por doctores y licenciados y puesta en práctica, con flexible, pero inequívoco rigor, por los embajadores Luis Quintanilla, en funciones de delegados en la ONU, y Tello en Washington, Villamichel en Guatemala y Gilberto Bosques en Lisboa y La Habana, continuando la indeclinable posición de Isidro Fabela en Ginebra y La Haya.

—Bastará a los españoles, verdaderamente conscientes de sus deberes de residentes y naturalizados de quince años acá, la satisfacción que supone para el Gobierno reconocido de la República Española en el Destierro la concesión al licenciado Fabela de la Orden de la Liberación (?) prestigiada, como el Premio Stalin de la Paz, por la aceptación que de una y otro se dignó hacer el general Cárdenas?

El respeto al derecho de asilo, conculcado más de una vez, en gracia a la benevolencia evidente de los gobiernos mexicanos para con los refugiados, más o menos eminentes, de países cuyos estados de hecho, reconocidos por la ley Estrada, pugnan con la idealidad de los principios que México defiende, propugna, y pone en práctica —justifica la pasividad de los españoles más representativos de la emigración republicana, atenidos harto respetuosamente a las limitaciones que impone al extranjero la consideración del conflicto en que pueden poner al gobierno que les ampara con el de su país de origen? Otro, muy otro es el caso de los españoles republicanos, a quienes con generosidad solidaria en la vindicación de nuestros derechos, se concedió en México público cuanto insólito honor con permitir la reunión de nuestro parlamento. Estamos obligados a dar fe del merecimiento y validez de nuestras instituciones, conculcadas por la invasión tiránica y subversiva de la propia España, por la fuerza armada en contra de la voluntad popular. O a quitar el banco, declarándonos en quiebra del carácter de hombres tales, que valió a los alcaldes famosos de Fuenteovejuna la invectiva apremiante de sus mujeres, que todas levantó en amazonas y armó otra vez tras ellas a los hombres, todos a una.

Entre tanto, y contra el remedio (?) circunstancial de la monarquía transitoria (ii) a que se rinden algunos republicanos, prefiramos siempre, irremediable ya la purga represiva y espantosamente sangrienta, el régimen actual, incalificable y por ello sin validez fundamental por mucho que dure, del Caudillo y sus huestes, con mandato siempre interino en puridad de principios.

La influencia que podamos tener ya los viejos que quedemos, en la auto-reconquista de España, ha de tener un signo contrario a la caduca pretensión de matriarcalidad patria. La insuficiente repercusión del grito independiente de Bolívar en las Cortes de Cádiz, y la entrega europea de los despojos españoles al orden y a la orden de la Santa Alianza, han retrasado siglo y medio la unidad

hispanica. Corresponde a los pueblos de la península ibérica, incluidos Portugal y Marruecos, el designio común de última República de la gran comunidad ibero-americana, sustentada en los principios, liberalmente pragmáticos, con que el Partido Revolucionario Institucional ha llevado a cabo ejemplarmente en México la gira electoral de su candidato y la elección de Presidente para el período de 1958 a 1964, a favor del licenciado Adolfo López Mateos discípulo dilecto y amigo del maestro Fabela.